

## **Domingo de la Palabra de Dios**

### **III Domingo del Tiempo Ordinario**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, teófilos y teófilas.

“Teófilo” significa “el fiel a Dios” o “el fiel de Dios”. “Filos” es “fiel, hijo fiel”; y “teos” es “Dios”. Y este evangelio de San Lucas (1,1-4;4,14-21), se dirige a todos los creyentes, en especial, al ilustre Teófilo, que era un miembro de la comunidad que se interesaba mucho por entender todo el misterio del Señor; pero que, ustedes saben bien, no todos comprendían todas las exigencias y novedades que traía Jesús. Y ya habían sido escritos otros evangelios (Marcos y, quizás, Mateo). Y otros se habían preocupado de recolectar cosas sobre Jesús, anécdotas, hechos, milagros relatos. Es la primera iglesia que está empapándose de la maravilla de lo que había ocurrido con Jesús.

Y, entonces, le encargan a Lucas en Roma ir a los a los lugares de Palestina, a Galulaea, a Judea y la capital Jerusalén; ir desde Roma por todas las orillas mediterraneas de Italia, de Grecia, Capadocia, y allí en Palestina, enterarse de lo que pasó y comprobarlo. Por eso, le dice a Teófilo que hay muchos que han escrito y después de haber investigado todo diligentemente desde el principio, *“quiero que puedas conocerlo para que sepas la solidez”, es decir, la fuerza, la vitalidad de las enseñanzas que ha recibido*. Entonces, es un esfuerzo muy interesante porque es el de un creyente

con dotes de historiador (también decían que era médico) que va a comprobar, pregunta, repregunta, se entera de las cosas y, por eso, en Lucas tenemos una serie de elementos que no están en los demás evangelios (aunque hay una matriz común).

Pues, hoy día, el elemento con el cual comienza este evangelio es anunciando cómo Jesús, por la fuerza del Espíritu, volvió a Galilea, su fama se extendió, fue a Nazaret donde se había criado y entró a la sinagoga, entró a la “parroquia” de Nazaret. Y allí proclama estas palabras que son las del profeta Isaías: *el Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos de la libertad y a los ciegos la vista; poner libertad a los oprimidos, y proclamar el año de la gracia del Señor.*

Ustedes, chicos y chicas, hermanos de Juan Pablo II, han venido a hacerse parte del año de la Gracia del Señor, que es este Año Jubilar 2025. Y qué importancia tiene este año, que es un año que inaugura una época, no es solamente un añito. Si lo hacemos algunos años para celebrar es porque queremos recordar que la época después de Jesucristo. Todo el período posterior a Jesús es este gran año que lo celebramos para recordarlo varias veces, pero estamos en el tiempo, en la época de Jesucristo; y vamos, justamente, en Jesucristo, construyendo la Iglesia para que sea signo de lo que vendrá en el futuro, que es la participación en el Reino de Dios. Eso que ustedes dicen en el canto: “Poderoso es nuestro Dios porque al cielo queremos ir”. El Reino de Dios que es el nombre que tiene el cielo en el

evangelio, implica que nosotros nos acojamos al Año de Gracia.

Y ahí les pido que en el futuro cambien la letra y pongan “amoroso es nuestro Dios”, porque siempre yo tenía un “coro de las poderosas” que creían que Dios era muy poderoso y, entonces, chancaban a medio mundo. Y eso pasa porque, a veces, hay una visión del poder que no está basada en el amor, como toda esa gente que quiera aprovecharse del mundo e imponen todas sus cosas. Aquí Dios introduce su amor en el mundo y su poder consiste, su fuerza, en el amor que inunda todo.

Justamente, eso es lo que hoy día vamos a reflexionar: cuánto de este amor está presente en nosotros, esta gracia. Le llamamos el Año de la Gracia porque es un año que saca de la desgracia. El amor de Dios no solamente es algo íntimo que uno recibe en su corazón y lo hace a uno una persona feliz, sino que es un Dios que se introduce también en nuestras relaciones, en nuestra forma de vivir y nos inspira para crear maneras de amarnos. Y, por eso, es que hay la referencia a los pobres, la referencia a los cautivos, la referencia a los ciegos, la referencia a los oprimidos.

No, no se acaba la fe cristiana en la salvación del alma. ¡Mucho cuidado! Si se trata de que nuestra alma esté en sintonía con Dios y su amor, todo nuestro cuerpo es servicio, y es imaginación y es iniciativa para generar un mundo distinto. Dios no sólo quiere que vayamos a su Reino y allá, entonces, ya plenamente estemos felices; sino que quiere que ahora, aquí, en esta vida, por anticipado, su Reino venga. Por eso decimos: “Padre nuestro, que estás

en el cielo, venga a nosotros tu Reino”. Nosotros no decimos: “quédate ahí”, nosotros queremos que venga por anticipado para que la fuerza de su amor se pueda irradiar el mundo y generar la justicia, la decencia, el amor verdadero, el respeto por las personas, todo lo que todos necesitamos para poder vivir con esperanza.

Por eso, este lema: “En el año jubilar, espero en tu Palabra”, significa que, en este camino, escuchamos la Palabra y la ponemos en práctica porque esperamos, tanto ahora como definitivamente, que esa Palabra se esparsa por todo el mundo, invada el mundo, y nosotros podamos generar, junto con otras personas, inclusive si no son creyentes o son de otras religiones, podamos hacer un mundo mejor. Hacer un mundo mejor es una tarea cristiana, no es solamente una tarea humana. Hay una manera de introducirlo, evidentemente, respetando a otros humanos que no creen o que creen en otras maneras de acercarse a lo divino, acercarse unos con otros para generar un mundo inspirado por aquello que Jesús nos dio, que es el amor gratuito de su entrega generosa.

El Papa ha dicho esta mañana una cosa muy importante, ha hecho una pregunta para todos: Hermano, hermana ¿Crees realmente que este año lo podemos transformar en un Año de Gracia? Porque Dios ha llenado con su Gracia a todos. Sin embargo, nosotros nos dejamos llevar por lo que pasa en el mundo y vemos que todo es una desgracia.

Hemos visto estos días cómo han puesto una bomba en la fiscalía en Trujillo, y todo el pueblo de Trujillo está que tiembla. Hemos visto cómo las guerras se multiplican, las

disociaciones entre las personas. Hoy día, salió un artículo en un periódico advirtiendo que hay gran preocupación en la salud mental de los peruanos porque muchas cosas suceden porque hemos perdido la salud mental. Este es un tiempo para repararnos de todos los horrores que vivimos, y el Señor es optimista porque viene para hacernos participar a la vida de su Padre y darnos su Espíritu, para que nosotros podamos distinguir y percibir dentro de lo difícil, lo interesante.

Por eso es un tiempo para cambiar el ojo y el corazón. El corazón porque todo entra por la capacidad de amar, y el Papa ha escrito un texto que es muy bonito para el Jubileo que pueden leer en la parroquia, ustedes y todos nosotros en nuestros ambientes, el texto dedicado al Sagrado Corazón, la Encíclica «Nos amó».

Al mundo, hoy día, le falta corazón; y ese corazón es la sensibilidad por los problemas. Y el corazón suscita una mirada distinta de la vida, nos lleva a percibir cosas escondidas, interesantes y bellas. Evidentemente, tenemos tantos problemas que, a veces, nos sale más el hígado que el corazón. Sin embargo, estamos llamados a eso por el Señor, y si empezamos a percibir cada una de las personas que hay detrás de la de la desesperación, de la desazón que vivimos, por todas esas cosas que estamos viviendo, inclusive, en nuestro país, podemos percibir que hay un clamor profundo por humanidad, como lo hemos venido recordando varias veces.

En lo más profundo de nuestro ser deseamos un mundo feliz, amigable, cercano, como se tiene, por ejemplo, en

nuestras parroquias, que son ambientes en donde nos apoyamos. También hay chismes y cosas de esas, pero creamos ese ambiente para pulir esas cosas y aprender a ser hermanos y apreciarlos. Y una cosa más linda de Jesús es que siempre alienta a su pueblo, no lo fustiga. Es interesante porque, en el Antiguo Testamento, esta fiesta judía en donde se leía la ley (después de eso sigue en la lectura una ceremonia que se llamaba la “ceremonia de la purificación”), es la primera parte de la fiesta del Kippur, que empieza con la lectura de la ley por seis horas, y la gente está escuchando la ley desde las seis de la mañana. Y toda la mañana escuchaban: “no matarás”, “no robarás”, “terrible, pecador” ... y todo el mundo lloraba. No parecía muy alegre esta palabra de la ley porque eran seis horas de recriminaciones. Así no se puede alentar en la vida, pero eran las formas que tenía la ley en la época. Ya después de eso venía la fiesta del Kipur, en donde se perdonan los pecados y al final se escuchaba el nombre “Yahvé” una vez al año, ya que estaba prohibido pronunciarlo.

El Antiguo Testamento tenía ese problema de que solo había momentos especiales para poder escuchar a Dios mismo, la palabra “Yahvé”. Nosotros somos más confianzudos porque decimos “Dios” en todo momento. ¿Por qué razón? Porque Jesús nos enseñó a tener confianza con Dios, porque es un Dios que confía en nosotros. Y esta es una de las cosas más lindas que tiene la fe cristiana: a Dios lo tenemos cercano. Es verdad que, a veces, podemos exagerar, pero si podemos hacerlo es porque el Señor nos dio la confianza, con confianza, sin

vergüenza. Aunque a veces somos un poco “sinvergüenzas” y decimos más de lo debido.

Es preferible tener confianza en Dios que tener temor. Él confía en nosotros y no nos falla nunca, siempre está con nosotros, siempre está a la puerta llamándonos. Y si algo quiere el Señor para nosotros es que algún día seamos como Él: compasivos, misericordiosos, capaces de comprender. Y eso es una de las cosas más importantes que tenemos que asumir en este Año Jubilar: aprender a comprender cada situación distinta y llenarnos de alegría por confiar El en nosotros.

Por eso, Pablo, en el texto de Corintios, hoy día, nos dice bien claramente la imagen del cuerpo con diversos órganos: *El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No los necesito»*. Todos somos importantes, todos, cada uno en lo suyo y, por lo tanto, estamos llamados a complementarnos y apreciar la verdad de cada uno. Y digo esto porque los muchachos se quejan mucho en las iglesias de que, a veces, las personas más mayores forman un grupito para vigilar a los que vienen con zapatillas o si están en short o si están mal peinados, los señalan y dicen, “fuera, fuera”, les dicen. Y, entonces, no se hace así la Iglesia. La Iglesia se hace comprendiendo, haciendo una pequeña corrección si hay algo muy exagerado, pero siempre apreciando lo valioso que hay en cada uno. Y el mundo se ha vuelto tan complejo que, ahora, no todas las personas tienen la misma forma de ser, las mismas tendencias. Debemos saber comprender y no marginar, sobre todo, hay cantidad de realidades muy

nuevas que han sucedido porque ha entrado la ciencia, ha entrado la técnica, hay muchos tipos de modificaciones humanas que tenemos que estar alerta, pero es mejor siempre comprender que prejuiciar. Ese es el Año de la Gracia de nuestro Dios.

Y el comentario de Jesús: “Esto se cumple hoy”, y hoy tenemos que detectar cómo se está cumpliendo el Reino hoy. Y ahí hay muchas cosas lindas que están escondidas pero que hay que descubrir. En medio de las guerras, de odios, de leyes tontas que destruyen la vida de la gente, en medio de eso hay una buena asociación de madres que hacen la olla común, grupos de personas que se encargan de la parroquia, que limpian, que acogen. Ahí está el pueblo que está resurgiendo, el Pueblo de Dios, ese pueblo pobre y sencillo al cual Jesús vino a hablarle para que ayudara a salvar este mundo.

Por eso, hermanos, nuestra tarea es ayudar a salvar este mundo con todos los que lo pueden salvar porque practicamos un mínimo de comprensión. Que Dios los bendiga y los bendiga a todos. Y gracias a la comunidad de Juan Pablo II, que el Señor los bendiga siempre, los haga siempre alegres como son.

Amén